

A C T I T U D E S

A R B O L E S

Por VICENTE GARCIA DEL REAL

Pino

*Tú benderás, con tus garfios aguzados,
hasta lo más profundo de mi entraña,
y en tu cuenco de barro recocado
recogerás mis lágrimas.*

*Herirás mis ramajes
por recoger mi fruta madurada,
y yo callaré siempre, aunque lo sienta
en el reseco cáliz de mi alma.*

*Beberé, cuando Dios quiera enviarme
su bendecida agua.*

*No te reprocharé jamás tu olvido
y esperaré, mañana tras mañana,
y te daré mi sombra y mi perfume
sin reprocharte nada.*

*Mas no intentes cortarme, te lo ruego,
con tu afilada hacha,
leñador,
esas ramas*

que esperan impacientes mucho tiempo
a un ruisënor que canta,
cuando abre su flor la primavera,
como un nenúfar, iblanca!

Leñador, mis raíces son serpientes.
Si las provocas, matan.

Ciruelo

Gota de sol, maciza,
acidulo ciruelo,
a mi boca sedienta, esta mañana,
te has dado por entero.

¡Arbol, como te diste a mis sentidos,
enjoyado de fruto, bajo el cielo!

Tan sólo porque, un día,
te cobijé en mi huerto
y te di de beber en el verano
y te dejé dormir en el invierno,
mientras que en la ciudad me saturaba
de amargor y veneno.

Hoy al llegar a verte, me has dado
las gracias, en silencio.

Me has dado más quizá, sólo en un fruto:
itodo tú, por entero!

Ciprés

En el tronco más frágil
del ciprés más pequeño,
hendimos la bandera
de nuestro amor eterno:
un corazón sangrante
con una flecha en medio.

Oculto entre sus ramas,
allí, quedó latiendo...

La vida nos empuja
como un ciclón. El tiempo
no cuenta, y han pasado
los años. Hoy he vuelto.

¡Qué cambio desde entonces!
¡Ay, ciprés gigantesco
escribiendo en las nubes
tu mensaje secreto!

Hoy me he visto a mí mismo
al mirarte hacia adentro,
y un pájaro ha escapado
de tus ramajes, trémulo,
sabe Dios hacia dónde
como mi pensamiento.

¡En tu tronco gigante,
después de tanto tiempo,
mi corazón se ensancha,
ciprés, hacia el recuerdo!

Luciérnagas

Como un pájaro gris, se fue la tarde.
¡Quién pudo detenerla..!
Ni los árboles,
con sus manos tendidas,
suplicantes...

El sol se fue, muriendo
como un sauce,
y unas gotas de luz dejó prendidas
temblando en los ramajes.

Noche

Quizás fuese la luna, aquella noche,
quien hirió sin quererlo
el sauce melancólico.

Quizás fuese la luna, con su acero
—boz recién afilada—, en su creciente.
Cayeron
de sus lánguidas ramas
rojas gotas de sangre sobre el suelo,
y quedaron inmóviles
bajo aquel manto negro.

Amaneció, y el sol
—ariete de los cielos—
derribó las murallas de la noche
con su empujón de fuego.

Se despertaba el sauce,
con su rítmico y blanco cabeceo,
y a sus pies un puñado de amapolas
temblaba bajo el viento.

La más pequeña

Tú, la más revoltosa
y la más pequeñita de la casa.
Mi mano es como un árbol
perenne, que te ampara.

Tú, la más diminuta.
La más risueña y blanca.
Eres punto final en mi camino,
postrer huella de mi última pisada.

...Y me pregunto siempre, cuando lloras
y yo bebo tus lágrimas
—y es el arco en el cielo, tu sonrisa
bajo una lluvia cálida—,

qué podrá ser de ti y qué sorpresas
te aguardarán mañana.

Y tiemblo como un niño—y soy un hombre
más fuerte que la acacia—

al pensar cuando gimas y no tengas
mis labios en tu cara.

Mis raíces

Señor, estoy perdido. Cada día
que discurre, más bondas
y más firmes, Señor, son mis raíces.
El árbol de mi vida se transforma
bajo este mar oscuro—entre la tierra—
en una lenta y páfida carcoma.

Señor, estoy temblando como un niño,
 al contemplar mis manos como lobas
 hambrientas caminar desesperadas
 por esa áspera sombra,
 sin que mi voluntad pueda hacer nada.
 ¡Mi voluntad de roca!

Quizás, sobre el erial de mis angustias,
 Señor, venga la alondra
 de una vaga esperanza, que presiento:

y es ver, cuando yo mire hacia mis hojas,
 mis ramas que ya tocan las estrellas
 y más aves que nunca entre mis frondas.

El sauce

Se está mirando el sauce solitario,
 en el temblor diáfano del río...

La corriente, pasando y repasando,
 intenta con abinco
 llevarse prisionera entre sus ondas
 la inmaterial imagen, como un símbolo,

y el reflejo se aferra al tronco, como
 a un corazón el último latido.

Hay un éxtasis puro en esta tarde
 última del estío.

¡Ay sauce de mi ensueño, siempre vano!
 De nada ha de servir tu loco esfuerzo:
 el verdor esmeralda de tus hojas
 se irá mil veces muerto
 con el agua, que espera ya impaciente
 el hacba poderosa del invierno.

A una chumbera

*Naces, hoja tras hoja,
como un lento gemido de la tierra,
y estarás para siempre arrodillada
al borde de la senda,
sin tronco que te acerque
al pálido temblor de las estrellas.*

*Yo te he visto llorar, bajo los cérfiros
(cuando el sauce sacude su melena
y el chopo pensativo
cabecea)
inmóvil, en el molde siempre verde
de tu mudable mueca.*

*...Estoy pensando en ti
(pobre chumbera)
y sé que no estás sola en esa vasta
angustia que te cerca,
porque la soledad y la desgracia
hizo Dios que jamás fueran completas,
y puso las espinas en tu carne
para que cuelgue en ellas,
como blancas quirnaldas de azahares,
mis pobres versos, mientras
en su manto nupcial está envolviéndote
el polvo de la seca carretera.*

Selva del siglo xx

Es vuestro corazón, cual nuestras calles
y nuestras casas, ¡pedra!

Hasta el bosque, lo habéis crucificado
en una interminable línea recta,
y lo que fueron frondas y susurros
es alambrada tersa.

¡Qué pena,
tener que hacer del verso mio
saeta!

Corazones de cobre,
¡qué tristeza,
vivir en la ciudad,
constantemente alerta,
—en vuestra amenazante
selva—
y tener que tornarme, cual vosotros,
fuerza!

Un camino

Señor, dale un camino,
un camino, tan sólo, a mi poema.
Hazlo denso, sencillo y luminoso.
Que sea
cauce directo siempre, hacia sus mares,
y rayo tembloroso de la estrella.

*Hazlo como el ciprés:
de ramas a su tronco paralelas,
todas siguiendo siempre el mismo rumbo.
Hacia la misma meta.*

*Nunca abeto, que irradia sus ramajes
y se multidispersa.*

*Dale un solo camino, un solo empuje,
y húndelo, todo, en esa línea recta.*

Valencia, 1958.

